

de vida, así como otros aspectos de índole cultural, dificultaban, cuando no imposibilitaban, la puesta en práctica del sistema, que sólo fue recomendado por la Corona en fechas bastante tardías. La otra posibilidad radicaba en que fuesen los españoles quienes aprendieran las lenguas indígenas; y éste fue el procedimiento adoptado por los misioneros.

Sin embargo, no obstante ser los religiosos hombres acostumbrados al estudio y al conocimiento de otras lenguas (en el menor de los casos, forzosamente el latín), los idiomas utilizados por los naturales presentaban inmensas dificultades: el léxico era de todo punto diferente; la fonética no se ajustaba en nada a la de las lenguas romances y las estructuras, también diferían, no sólo de las de las lenguas vulgares, sino también de la griega o cualquier otra que pudiera ser tomada como punto de referencia.

En los primeros años de contacto con el mundo americano, el procedimiento más habitualmente seguido para el aprendizaje de las lenguas indígenas por parte de los misioneros fue el de la observación, confeccionando repertorios de vocabulario para intentar, más tarde, elaborar ciertos esbozos gramaticales. Salta a la vista lo arduo del sistema, su lentitud y la consiguiente escasez de sus frutos.

Ya conocemos el fracaso, en tal sentido, del Padre Boyl en Santo Domingo. Algo, en cierto modo parecido, al menos en un principio, ocurrió con los tres franciscanos flamencos del convento de Gante, Hans Van Tacht, Hans Van Aar y Fray Peter Van der Moere, llamados por los españoles Juan de Tacto, Juan de Aora y Pedro de Gante, respectivamente, quienes desembarcaron en la Villa Rica de la Vera Cruz el día 13 de agosto de 1523.

Un año después todavía no habían podido iniciar la evangelización de los indios, según cuenta Jerónimo de Mendieta, ya que se encontraban dedicados por completo al estudio de la lengua de los aztecas⁶. Por otro lado, los intérpretes escaseaban.

De manera fortuita encontró Cortés a Jerónimo de Aguilar y a Doña Marina. El primero había estado cautivo de los indios en la punta de Cotoche durante ocho años. No resisto la tentación de seguir esta historia, siquiera sea en unas líneas, a través de la deliciosa prosa de Bernal Díaz del Castillo:

Cuando tuvo noticia cierta el español que estaba en poder de los indios que habíamos vuelto de Cozumel con los navíos, se alegró en grande manera y dio gracias a Dios, y mucha priesa en se venir él y los indios que llevaron las cartas y rescate, a se embarcar en una canoa (...) y desde los indios que venían en la canoa, que traía alquilados el Aguilar, vieron los españoles, tuvieron temor y se querían tornar a embarcar e hacer a lo largo en la canoa; e Aguilar les dijo en su lengua que no tuviese miedo, que eran sus hermanos (...); y después que hubieron saltado en tierra, en español, mal mascado y peor pronunciado, dijo: «Dios y Santa María y Sevilla»; e luego le fue a abrazar el Tapia; (...) y luego —Cortés— le mandó dar de vestir camisa e jubón, e zaragüelles, e caperuza e alpargatas, que otros vestidos no había, y le preguntó de su vida e cómo se llamaba y cuándo vino a aquella tierra, y él dijo, aunque no bien pronunciado, que se decía Jerónimo de Aguilar y que era natural de Écija y que tenía órdenes de Evangelio; que había ocho años que se había perdido él y otros quince hombres y dos mujeres que iban desde el Darién a la isla de Santo Domingo, cuando hubo unas diferencias y pleitos de un Enciso y Valdivia, e dijo que

⁶ Fray Jerónimo de Mendieta: *Historia Eclesiástica Indiana, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, Atlas, 1973, Vol. I, pág. 131.*

llevaban diez mil pesos de oro y los procesos de unos contra los otros, y que el navío en que iban dio en los Alacranes, que no pudo navegar, y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros e dos mujeres, creyendo tomar la isla de Cuba o Jamaica, y que las corrientes eran muy grandes, que les echaron en aquella tierra y que los calachonis de aquella comarca los repartieron entre sí, y que habían sacrificado a los ídolos muchos de sus compañeros, y dellos se habían muerto de dolencia; e las mujeres, que poco tiempo pasado había que de trabajo también se murieron, porque las hacían moler, y que a él que le tenían para sacrificar, e una noche se huyó e se fue a aquel cacique, con quien estaba (ya no se me acuerda el nombre, que allí le nombró) y que no habían quedado de todos, sino él e un Gonzalo Guerrero, e dijo que le fue a llamar e no quiso venir⁷.

La otra gran figura en semejante labor traductora fue la india, hija de cacique, Doña Marina, de la que también escribe Bernal Díaz:

Y como Doña Marina en todas las guerras de Nueva España, Tlascala y México fue tan excelente mujer y buena lengua, como adelante diré, a esta causa la traía siempre Cortés consigo (...) e, volviendo a nuestra materia, Doña Marina sabía la lengua de Guazacualco, que es la propia de México, y sabía la de Tabasco; como Jerónimo Aguilar sabía la de Yucatán y Tabasco, que es toda una, entendíanse bien; y el Aguilar lo declaraba en castellano a Cortés: fue gran principio para nuestra conquista; y así se nos hacían las cosas, loado sea Dios, muy prósperamente. He querido declarar esto, porque sin Doña Marina no podíamos entender la lengua de Nueva España y México⁸.

Así pues, Cortés se sirvió de Aguilar para traducir al maya y de Marina para hacerlo al náhuatl, lo que le permitía establecer comunicaciones con todo el imperio de Motezuma. Procedimiento lento y con claras limitaciones, en efecto, pero que sin lugar a dudas representaba una sensible mejora sobre las comunicaciones por señas de que se sirviera Colón.

En mayo de 1524, llega a San Juan de Ulúa, en México, un grupo de doce franciscanos que, por constituir los cimientos de la cristianización de aquel país suelen ser denominados «los doce Apóstoles». Comenzaron su predicación por señas, pero ante lo defectuoso del sistema, se decidieron, de inmediato, por aprender la lengua indígena mediante la observación; en tal sentido, la participación con los niños en sus juegos callejeros constituyó su primera escuela, sin que tampoco los logros llegaran a ser verdaderamente perceptibles.

Es el ya citado padre Mendieta, a quien inexcusablemente precisamos recurrir para conocer los datos de esta primera época del México hispánico, quien nos lo cuenta:

Y púsoles el Señor en corazón que con los niños que tenían por discípulos se volviesen también niños como ellos para participar de su lengua, y con ellos obrar la conversación de aquella gente párvula en sinceridad y simplicidad de niños. Y así fue, que dejando a ratos la gravedad de sus personas se ponían a jugar con ellos con pajuelas e pedrezuelas el rato que les daban de huelga, para quitarles el empacho con la comunicación. Y traían siempre papel y tinta en las manos, y en oyendo el vocablo al indio, escribíanlo, y al propósito que lo dijo. Y a la tarde juntábanse los religiosos y comunicaban los unos a los otros sus escritos, y lo mejor que podían conformaban a aquellos vocablos el romance que les parecía más convenir⁹.

⁷ Bernal Díaz del Castillo: *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España, Crónicas de América, Madrid, Historia 16, 1984, Vol. I, pág. 134 y ss.*

⁸ Op. Cit., Vol. I, págs. 158-159.

⁹ Mendieta: Op. Cit., Vol.

Sin embargo, cuando creían haber entendido alguna construcción, de pronto encontraban otra que los desmentía. Así pues, los logros por este procedimiento no llegaron a ser verdaderamente perceptibles. También será el padre Mendieta quien nos informe de la aparición del primer «maestro» de este grupo de misioneros.

Se trataba de un muchachito, huérfano de español, al que por quedar su madre sin recursos económicos recogieron los franciscanos para criarlo en su convento. Este niño, como es lógico, jugaba en la calle con los niños indígenas y era, por consiguiente, bilingüe. Primero sirvió de intérprete a los frailes en la predicación y, más tarde, de maestro en la lengua de los aztecas. Pasados los años profesaría también en la Orden de San Francisco y compuso un *Vocabulario*, nada menos que con veintinueve mil voces, para que sirviera de ayuda a los nuevos misioneros que fuesen llegando. Su nombre, fray Alonso de Molina¹⁰.

De los primeros tiempos de la evangelización mexicana nos narra infinidad de anécdotas fray Bernardino de Sahagún. Él era uno de sus protagonistas, pues formó parte de los «doce»; su conocimiento del náhuatl llegó al extremo de permitirle escribir en dicha lengua sermones, epístolas y evangelios, aparte de un *Arte de la lengua Mexicana*, hoy lamentablemente perdido. No obstante, su libro más interesante para nuestro objetivo, es su *Historia General de las Cosas de Nueva España*, comenzado a redactar en 1547, tras la utilización de un sistema de cuestionarios sobre los aspectos culturales y sociales que se dirigió a elevado número de informantes indígenas, dignos de todo crédito. La versión original fue escrita en náhuatl y la española no llegó a concluir la el autor. De él dice Mendieta:

Llegado a esta tierra aprendió en breve la lengua mexicana, y súpola tan bien, que ninguno otro hasta hoy se le ha igualado en alcanzar los secretos de ella¹¹.

Pese a todos los intentos de aproximación lingüística, los primeros catecismos no fueron escritos ni en español ni en ninguna de las lenguas indígenas, sino que se recurrió al sistema de los jeroglíficos a que se encontraban habituados los aztecas. Se trata del procedimiento utilizado por fray Pedro de Gante, en un librito impreso en papel europeo y encuadernado en piel y del que realizó una preciosa edición facsimilar, hace algunos años, el Ministerio Español de Educación.

Pocos años después, se encontraba en condiciones de escribir su *Doctrina Christiana en Lengua Mexicana*, posiblemente publicada en Amberes en 1528 y que, por lo tanto, se trataría de la primera obra de tal naturaleza que se imprimía en Europa. Por cierto, que en el libro alude al náhuatl ya como a «nuestra» lengua:

Ini lati tlatolli camoticcaq matiqtoqa totlana: Yca machiotl cruz... (No sabemos esta lengua latina; digamos en nuestra lengua: Con la señal de la Cruz...)

Sobre la adaptación de este religioso al mundo indígena, la *Carta* que dirigió a sus hermanos de hábito del convento de Flandes, de fecha 23 de junio de 1558, publicada por el erudito mexicano Joaquín García Icazbalceta, es un documento de singularísimo valor¹².

I, pág. 134.

¹⁰ Mendieta: Op. Cit., Vol. I, pág. 134.

¹¹ Mendieta: Op. Cit., Vol. II, pág. 186.

¹² Joaquín García Icazbalceta: *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*, Biblioteca Americana, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, págs. 103-104.